

18 Mayo 1917



Madrid

RECOGIDO EN "Declaración de los derechos" tomo V

O. Compañón tomo VIII NUESTRO MUNDO

A. C. tomo VIII

# LA HERMANDAD HISPÁNICA

**S**E ha comentado, y seguirá todavía comentándose por algún tiempo, el mensaje que, como la flecha que lanzaba el parto al retirarse del campo de batalla, puso el señor conde de Romanones en manos de S. M. el Rey en el Consejo de ministros en que se terminó la última crisis política ministerial.

No vamos aquí á comentarlo sino en una parte de permanente interés. El mensaje nos parece, en general, bien, muy bien. Lo único malo de él es que sea de quien es, porque hasta á los más identificados con el sentido del documento se nos hace muy cuesta arriba creer en la sinceridad de quien lo redactó, y nos tememos que no pase de ser una habilidad más.

Pero vamos al caso que ahora y aquí nos importa. Dice, entre otras cosas, el documento:

«Pesa en mi ánimo otra consideración. España es depositaria del patrimonio espiritual de una gran raza. Aspira históricamente á presidir la Confederación moral de todas las naciones de nuestra sangre. Y esa aspiración se malogrará definitivamente si, en hora tan decisiva para lo futuro como la actual, España y sus hijas aparecieran espiritualmente divorciadas.»

Podemos asegurar que estos párrafos no serán leídos con simpatía allende los mares, en la América hispánica, en aquellas naciones seguramente de nuestra lengua — de ellos y de nosotros —, ya que lo de la supuesta comunidad de sangre implica muchas veces un problema peliagudo. Quedémonos, pues, con lo de la lengua, que es claro y es histórico, y aseguremos que no serán recibidas con general simpatía esas palabras entre aquellas naciones á que nos obstinamos en tratar de hijas y no de hermanas. Y en civilidad, que es lo que importa, esa filiación es más que dudosa.

«Ingratos — nos decía una vez un compatriota refiriéndose á los portorriqueños —, después que descubrimos y conquistamos

y poblamos aquello!» «¿Cómo — le replicó el que esto escribe — que descubrimos y conquistamos y poblamos aquello nosotros? Pues yo no me acuerdo de haber tomado parte en tales proezas.» Y él entonces: «Bueno, nosotros, no; pero nuestros abuelos!» Y yo á mi vez: «¡Los nuestros no, caballero, sino los de ellos!» Porque es indudable que los actuales hispano-americanos, criollos y aun mestizos, descienden tanto ó más que nosotros de los que descubrieron y poblaron sus tierras. Estos descubridores, conquistadores y pobladores fueron padres de sus abuelos y tíos de los nuestros. Del mayorazgo, que se quedó aquí, descenderemos nosotros, ó del que no pudo irse; pero del segundón, del aventurero que se fué, descienden ellos. Y esto conviene no perderlo de vista.

*España es depositaria del patrimonio espiritual de una gran raza.* Pero ese patrimonio espiritual no es ningún inmueble, ninguna dehesa, ningún coto que esté ligado al solar en que nacieron los abuelos. El patrimonio espiritual puede muy bien atravesar los mares y nadie le tiene en depósito. Y hasta pudiera ocurrir que tengamos un día que ir á buscar civilidad hispánica, esto es, verdadera españolidad, espíritu de libertad y de independencia y de dignidad civiles encarnados en nuestra lengua, allá, á aquellas tierras de allende el Océano, donde las conciencias nacionales se fecundan mejor que aquí en conciencia internacional.

No; podemos asegurar que los más dignos y más conscientes espíritus de aquellos pueblos no reconocen eso del depósito del patrimonio espiritual de una gran raza en poder de la llamada madre España. Ese patrimonio, en cuanto queda, es común; lo disfrutamos en común con las naciones americanas hermanas — no hijas — de lengua de la nuestra. Y en lo que hace á la lengua misma, no admiten, y hacen en ello muy bien, monopolios de castidad. Hasta se da el caso de que entre los sabios, los verdaderos sabios de nuestra común lengua, figuren americanos, como Bello, Cuervo, Suárez, etc., en primera línea.

*España aspira históricamente á presidir la Confederación moral de todas las naciones de nuestra sangre.* No; y aunque lo afirme un ex presidente de Consejo de ministros, España no aspira á eso ni á ninguna otra cosa históricamente. España no aspira, por desgracia, á nada; en España, en la España neutralista, la de la indigna é incivil neutralidad á todo trance y costa y pase lo que pasare, en esta España no hay aspiraciones históricas y si sólo económicas, fisiológicas, vegetativas. España no aspira á vivir, porque una nación no vive más que en la Historia; España sólo aspira á durar. No; España no aspira históricamente á presidir la Confederación moral de todas las naciones de nuestra sangre.

Y si aspirase á eso, ¿con qué derecho iba á pretender esa presidencia? ¿Con el de la primogenitura acaso? Mas ya hemos dicho cómo hay aquí un sofisma de inspiración materialista. Nuestro espíritu se repartió entre este solar y aquellos solares; pero desprendiéndose de la ilusión materialista, veremos que no hay tal primogenitura.

Hemos podido comprobar muchas veces con qué ninguna simpatía, es más aún, con qué antipatía se reciben allende el Océano, en aquellas otras naciones de lengua española y hermanas, por lo tanto, de la nuestra española, esas expresiones, que implican alguna pretensión á una cierta hegemonía espiritual. Y lo comprendemos muy bien, y nosotros, en su caso, sentiríamos al respecto como ellos sienten. Y es más aún, y es que cierto antiespañolismo, más aparente que real por lo demás, que se nos antoja descubrir en algunos de los más excelsos espíritus hispano-americanos, en el del máximo Domingo Faustino Sarmiento, por ejemplo, no es más que una reacción natural, naturalísima, y muy justificada contra pretensiones españolas de esa clase á una hegemonía, si quiera sea platónica y espiritual. No toleran que pretendamos erigirnos en sus maestros. Dicen, y con razón, por desgracia, que no tenemos que enseñarles más que tenga que enseñarles cualquier otro pueblo culto, y menos, muchísimo menos, que les puedan enseñar pueblos europeos de otra lengua que la común nuestra, y que, á su vez, pueden ellos enseñarnos algo.

No, España no puede hoy abrigar con justicia la pretensión de presidir la Confederación de todas las naciones de nuestra len-

gua; y si esa Confederación llegara á formarse, la presidencia tendría que ir cambiando por turno. Y menos puede aspirar á presidirla en política internacional, y ello por culpa de la manera de hacer política nacional del autor de las expresiones que comentamos y de sus congéneres. España y sus naciones hermanas de lengua, las surgidas de las que fueron sus colonias, están en mucha parte espiritualmente divorciadas. Es, además, muy difícil, casi imposible, presidir una Confederación de naciones, la mayor parte de ellas costeras, abiertas al mar libre é internacional, desde el gran lugarón de la Mancha, á 600 metros sobre el nivel del mar y unos 600.000, por término medio, de distancia de él, que es Madrid. Lo mismo podría presidirse desde el Cuzco. Y no es que en la América de lengua española no haya también países tibetanos, que los hay, sino que allí dominan los de puertos, los porteos. Son siempre desastrosas las hegemonías, sean de la clase que fueran, ejercidas desde tierra adentro. No hay más imperio civil feudo que el que se asienta en el mar.

Será poco todo lo que nos esforcamos en hacer comprender á nuestros compatriotas, los españoles, que deben dejarse de toda laya de pretensiones de hegemonía espiritual—cultural, lingüística, etcétera—sobre las naciones americanas de lengua española. El llamado ibero-americanismo languidece y hasta se amojama, si no se pudre, por nuestro necio achaque de pretender ir á enseñarles lo que saben tan bien ó mejor que nosotros, y el otro achaque, no menos necio, de no querer enterarnos de lo que allí se hace. El español que se cree culto desdeña, sin conocerla, la cultura hispano-americana. Es más fácil adquirir en España un libro sueco ó ruso que hispano-americano, como no haya sido editado aquí, y mucho más fácil que dar con un libro portugués.

Si queremos tener derecho á rechazar las pretensiones de otros pueblos europeos á tomarnos de doctros y erigirnos pedantes-camente en maestros, debemos empezar por renunciar á toda petulancia colectiva, y no es más que una petulancia eso de presentarnos como depositarios de un dudoso patrimonio espiritual. Sirvanos la lengua común para estrechar más la hermandad espiritual humana con aquellas naciones y no es poco.

Miguel de Unamuno